

Christoph THEOBALD y Philippe CHARRU, *La teología de Bach. Música e fede nella tradizione luterana*, Bologna: EDB, 2014, 47 pp., 12 x 18, ISBN 978-88-10-55527-9.

El breve texto que publica aquí EDB fue presentado en Roma, el 10 de abril de 2013, en el ámbito del ciclo «El don de la obra. Filósofos y teólogos frente al riesgo del arte», organizado por la Facultad de Filosofía de la Pontificia Universidad Gregoriana, por la Embajada de Francia ante la Santa Sede, y por el Institut français-Centre Saint Louis, con el patrocinio del Vicariato de Roma. El texto fue publicado por primera vez en la revista *Il Regno* 8 (2013) 249-257. Sus autores son el jesuita Christoph Theobald, profesor de Teología fundamental y dogmática en el Centre Sèvres, de París, y director de la revista «Recherches de Science Religieuse», y Philippe Charru, organista titular de la Iglesia de San Ignacio, de París.

Este trabajo busca mostrar cuál es la pedagogía de la experiencia creyente que se encuentra detrás de las composiciones de Bach, y ejemplificarlo con su motete *Jesu, meine Freude* (BWV 227); esto es, explicar cómo a través de dicha composición consigue Bach hacer pasar al oyente de su música desde la lectura de las Escrituras hasta la escucha de la Palabra de Dios.

El libro comienza hablando de la relación que hay entre creer y escuchar en la teología luterana. Tomando como imagen la disposición interna de la Iglesia de Santo Tomás, de Leipzig, en las que tanto el púlpito del pastor como la tribuna del *Cantor* tienen un lugar preeminente, los autores hablan de los dos modos de expresión de la Palabra: la proclamación y el canto, ambos situados en el nivel de la escucha. La proclamación de la Palabra se encuentra en el centro de la disposición litúrgica, porque –aquí pone el acento la teología luterana– la Escritura afirma que la fe nace

de la escucha (Rom 10,17), esto es, que se recibe a través del oído, en detrimento de la vista: se cree en un Dios que no se puede ver, pero del que se puede escuchar la palabra (véase el relato de Ex 3, en el que Dios está escondido a la mirada). La mirada, siempre según la idea luterana, está tentada de idolatrar aquello sobre lo que se fija; sólo la escucha puede ofrecer acceso a Dios.

En esta perspectiva, explican los autores, si la relación entre el creyente y Dios se da por medio de la Palabra, se comprende entonces por qué Lutero desease tanto usar en la liturgia la lengua madre, entre otras cosas a través de poemas que se usasen como cantos espirituales, para que gracias al canto la palabra de Dios morase en el hombre. Lutero distinguía entre «conocimiento» o «enseñanza intelectual», la producida por la mera habla, salmodia o recitación, y «sentimiento», el producido por la voz en el canto. Así, para la proclamación del Evangelio se exigen tanto la inteligencia como el corazón: una Palabra que se pueda entender y que, además, resuene en el fondo del corazón. Estas ideas pertenecen al espíritu con que Lutero tradujo la Biblia. De aquí la importancia que dio a la música, ya que gracias a ella la voz viva del Evangelio desciende hasta el fondo del corazón humano, para suscitar allí, a partir de los sentimientos, de los impulsos y de las pasiones, una respuesta que, según la palabra del *Cantar de los cantares*, pueda ser entendida por Dios como voz de la esposa (p. 10). Según los autores, una cantata de Bach respondería eminentemente a esta pedagogía de la experiencia creyente: situada en el corazón de la liturgia, ella es la predicación musical del *Can-*

tor sobre los textos del día, desde su tribuna, que sigue la predicación oral del pastor, desde su púlpito, sobre los mismos textos. A través de la escucha de la música, el texto *procede* más allá del texto, se interioriza, va al corazón, hasta resonar en el cuerpo.

Es, por tanto, en esa teología, afirman los autores, en la que Bach hundió sus raíces más profundas, y es esa teología la que llevó a Bach a elaborar un *figuralismo* que le es propio y que marca con su sello más personal la relación entre música y Palabra. A dicho *figuralismo* pertenecen dos características fundamentales de muchas de las obras de Bach: por un lado, las *discontinuidades*, que son como hendiduras (movimientos ascendentes y descendentes, cromatismo, silencio, ritmo o *tempo* que se rompe, sorprendentes relaciones armoniosas, contrastes de estilo) que, en referencia a las palabras del texto, expresan las diversas tensiones que hay en el corazón del hombre, entre la vida y la muerte, entre la presencia del don del Espíritu *dentro* de la debilidad de la carne. En la más pura tradición luterana, estas tensiones se descifran a partir de la cruz de Cristo. Y junto a esta característica de su *figuralismo*, el quiasmo, esa figura retórica construida sobre el entrecruzamiento de dos elementos según el modelo A/B, seguido de B/A. En la música del *Cantor*, esta simetría puede darse tanto en el entrecruzamiento de dos breves motivos,

como a una escala de gran arquitectura, en la que las secciones o partes se disponen simétricamente en relación a un centro.

Lo dicho hasta aquí viene ejemplificado a través del motete *Jesu, meine Freude*, compuesto para un servicio religioso, celebrado el 18 de julio de 1723, en memoria de Johanna Maria Rappold. Los motetes de Bach se basan en la unión de un texto bíblico con las estrofas de un himno, alternando las piezas. En el caso que nos ocupa, se alternan Rom 8,1-2.9-11, en la traducción de Lutero, y el himno *Jesu, meine Freude*, escrito por Johann Franck (1650) y musicalizado por Johann Crüger (1853). En su conjunto, la composición describe un itinerario espiritual, una auténtica mística nupcial, que tiene como centro a «Jesús, mi alegría», y que desemboca, tras una lucha espiritual que llama a un discernimiento y una decisión, en una evocación de Ap 3,20: «Fuera, espíritus de tristeza, porque el Señor de la alegría, Jesús, he aquí que llega». Sobre este texto, Bach construye un motete de once piezas, en el que se sobreponen dos estructuras musicales. Todo esto viene explicitado en unas pocas páginas, pero su lectura merece realmente la pena, pues nos aporta valiosas claves para comprender mejor tanto la pedagogía musical de Bach como la piedad luterana.

Juan Luis CABALLERO

Nicolás ÁLVAREZ DE LAS ASTURIAS (ed.), *En la salud y en la enfermedad. Pastoral y derecho al servicio del matrimonio*, Madrid: Cristiandad, 2015, 252 pp., 12,5 x 20,5, ISBN 978-84-7057-606-5.

Se reúnen en este libro cinco artículos que tratan sobre grandes cuestiones de índole canónica relacionadas con el matrimonio cristiano. El editor del volumen, Nicolás Álvarez de las Asturias (Madrid, 1972), Catedrático de Historia del Dere-

cho Canónico de la Universidad Eclesiástica San Dámaso, lo presenta como una «modesta» contribución para la preparación de la XIV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos que se celebró en octubre de 2015 (cfr. p. 16). En este